
cil la satisfacción de ese anhelo, mas ¡quiera el Cielo que puedas tú cumplirlo pronto!

Con tu digna esposa Felipa atravesaste felizmente el proceloso mar, dándome con ello muy grande satisfacción: á fuer de buen euskalduna no me olvido de vuestras atenciones, ni del afecto que me demostrasteis, ni de los repetidos obsequios con que quisisteis agasajarme, y he querido ofreceros un tributo de gratitud.

CURIOSIDADES BASCONGADAS.



PREGUNTAS 83, 84 Y 85

83 ¿Tiene algún fundamento la opinión sustentada por el historiador Lope Martínez de Isasti al afirmar que Miguel Lopez de Legazpi, Conquistador de Filipinas, era hijo de la villa de Legazpia?

84 ¿Cuándo nació Miguel Lopez de Legazpi?

85 Cuando murió dicho Legazpi ¿era viudo y sin hijos, conforme afirman Gorosabel en su *Diccionario* y Soraluze en sus *Últimas líneas*?



CURIOSIDADES BASCONGADAS.



RESPUESTAS A LAS PREGUNTAS 83, 84 Y 85¹

83.—Nunca fué Lope Martínez de Isasti testimonio irrecusable como historiador. Desconoció el arte de componer las obras históricas: trató de acaparar noticias, más que de depurarlas y acrisolarlas, y el ambiente social en que vivía le impulsó á ostentar erudición que, sobre ser extemporánea, le indujo á errores de bulto, descuidando lo que más atentamente debiera haber examinado, y no acudiendo á las verdaderas fuentes de conocimiento de que debiera valerse. Su *Compendio historial de Guipúzcoa* es un libro que hoy no tiene más precio que el de una curiosidad bibliográfica. Quien se deje guiar por él incurrirá en no pocos errores, y creará con ligereza especies que ni siquiera pueden discutirse. Duro es el juicio que precede, pero sereno y desapasionadísimo, y con él no pierde nada la personalidad de Lope Martínez de Isasti, en cuyo favor hay que tener en cuenta varias circunstancias atenuantes, como por ejemplo la época en que le tocó escribir, el favor de que empezaban ya á gozar los forjadores de patrañas y de falsos cronicones, cuyo descrédito no había llegado todavía, y la fe excesiva que se daba á todo aquello que se estimaba útil y glorioso para el solar nativo.

(1) Véase página 368.

Por todo ello no es extraño que Lope Martínez de Isasti estuviese descaminado al afirmar que Miguel López de Legazpi fué natural de la villa de Legazpia. Aun cuando no tuviéramos en contra de esta afirmación hecha á la ligera y como de paso, y sin ninguna clase de pruebas, la autoridad verdaderamente irrecusable del mismo Legazpi que se declara natural de Zumarraga al instituir un aniversario en la iglesia parroquial de su pueblo, bastaría para demostrar lo insostenible de la opinión de Isasti la consideración de que cuando nació el insigne Miguel López de Legazpi no existía con existencia propia é independiente la villa de Legazpia, que no se eximió de la jurisdicción de Segura hasta el año de 1613, ni obtuvo el privilegio de villazgo hasta el de 1660, según puede verse en el erudito *Diccionario histórico-geográfico-descriptivo de Guipúzcoa*, del laborioso Gorosabel.

Hemos dicho más arriba que el mismo Legazpi se declara natural de Zumarraga, y así es en efecto; pero no se crea que recibió las aguas regeneradoras del bautismo en la actual iglesia parroquial del mismo pueblo, cuya erección es muy posterior al nacimiento del ilustre conquistador de Filipinas, sino en la de Santa Isabel, donde subsistió la parroquialidad hasta el último tercio del siglo XVI, en que se levantó el templo que hoy conocemos y para cuya construcción medió un largo y muy curioso pleito entre los habitantes de la parte alta de la villa y los que moraban en el valle y á orillas del Urola. Y todavía puede quien haya recibido del cielo fantasía, no solo adivinadora, reconstructiva, resucitar en su mente la escena del bautizo de Miguel López de Legazpi, y acompañar en espíritu á la comitiva, que salió de la casa de Jaureguía, y atravesando el río, y subiendo pechos arriba, se dirigió á la ladera del monte Izarpi, donde aún se mantiene, como signo de otros tiempos, la modesta iglesia de Santa Isabel. ¡Cuán poco pensarían los que acompañaban al tierno infante cuando este iba á ser bañado en las aguas santificadoras del bautismo, que aquellos labios que solo se entreabrían para gemir y llorar á la manera que gimen y lloran los recién nacidos, se abrirían un día para dictar consejos prudentísimos que hiciesen eternamente memorable la conquista de Filipinas, y que aquellas manecitas apenas visibles sabrían empuñar con vigor, más que la espada asoladora de pueblos, la vara de la justicia que los conquista y los rinde sin efusión de sangre!

84.—No es fácil fijar con exactitud la fecha en que nació el inolvidable conquistador de Filipinas; pero podemos sostener que vió la luz de la vida entre 1503 y 1505, si hemos de dar crédito á la opinión, por muchos conceptos autorizadísima, del P. Fr. Gaspar de San Agustín, el cual en su *Conquista temporal y espiritual de las Islas Filipinas* da á entender que tenía de 59 á 60 años cuando salió del puerto de la Navidad para el archipiélago filipino. Y por cierto que ya que hemos citado á Fr. Gaspar de San Agustín, no parece fuera de propósito reproducir aquí las frases altamente expresivas de que se vale para dar cuenta de cómo fué elegido Legazpi gobernador y capitán general de la Armada que salió para el descubrimiento y colonización de las Islas Filipinas. Dice el mencionado autor que Fr. Andrés de Urdaneta indicó para la dirección de aquella empresa á «Miguel Lopez de Legazpi, á quien tenía bastantemente conocido por varón prudente, sagaz y reposado, de grande valor y experiencia militar, y en fin, tal qual conocia convenir para la disposición de aquella Conquista de tanta monta».

—

85.—Cuando murió Legazpi era viudo de D.^a Isabel Garcés, pero no es cierto que todos sus hijos hubiesen muerto ya.¹ Y es extraño que escritores tan diligentes y eruditos como Gorosabel y Soraluze lo hubieran afirmado, cuando ni del testo del mismo documento en que indudablemente se basaron para sostener tal opinión se deduce tal cosa. Y en prueba de ello, lo copiaremos á continuación:

«Memoria de miguel lopez de legazpi para el señor bachiller Juanes de legazpi su hr.^{no} Por el mes de setiembre de V.d. lXI as. con Ju. de arenas maestre yubie á pedro de avendaño mi sobrino obra de dozientos ducados en plata y en rreales para negoçiar en corte lo del destierro de mi hijo e como no hubo efeto aqullo. quiero q. se cobren del dicho pedro de avendaño e se distribuyan e gasten en la forma sigui.^{te}

† q. se den quarenta ducados á mi hr.^{na} ana e a mi sobrina ana a cada una veinte ducados.

† yten otros sesenta ducados se pongan a çenso o se compren de rrenta para el anibsario y nias otros treinta ducados qstan alla para

(1) Véase á Fr. Gaspar de San Agustín. Obra citada.

este efeto e lo que rrentasen estos noventa ducados se distribuyan en cada vn año en aniversarios e misas por las animas de mis padres y antepasados y de mi muger e hijos y de todas las personas a quien yo sea en cargo e por todos los difuntos q. han sallido e sallieren de la casa de legazpia e por mi e qsto sea perpetuo para siempre por la orden q. alla les pareçiere e constituyeren.

† yten se daran a la yglia de çumarraga otros sesenta ducados para hacer vna custodia q. yo mande con los otros sesenta ducados qstan alla para este efeto q. son çiento y veynte ducados para la dha. custodia,

—todo lo mas q. rrestare de lo ql. dho. pedro de avendaño tiene mio sea de dezir de misas luego con q. la tercia pte. dellos se digan en nra. señora de arançaçu por los religiosos de aquel monestr.^o q. rrueguen a dios me encamine en esta jornada y me de su gracia para q. le sirva en ella e las demas se repartiran por las personas mas debotas y las misas an de ser por el estado de la yglia y por la vnion de la rreligion xpiana y por todos los q. estan en pecado mortal y por las animas de purgatorio. y q. en todas ellas rrueguen á Dios por mi me guarde y tenga de su mano y me encamine en su santo serui.^o y todas estas misas se diran lo mas brebe q. ser pudiere.

E por esta orden arriba declarada se distribuyra todo lo q. se cobrarre del dicho pedro de avendaño e pareçiere estar en su poder de lo q. le yubie con el dho. Ju.^o de arenas fecho en mexico á veynte é seys de hebrero de mill e quinís.^o e sessenta e quatro años.=migll. lopez de legazpi.»

Del precedente documento, que es curiosísimo, y se presta á muy interesantes comentarios, no puede desprenderse, sin una interpretación violenta, que hubiesen muerto ya á la sazón todos los hijos de Legazpi. Es cierto que este pide sufragios por las ánimas de sus padres y antepasados y de su mujer é hijos, pero también lo es que los pide por todos los difuntos que habian salido y salieren de la casa de Legazpi, y hasta *por sí mismo*. Y no puede en manera alguna sostenerse que todos los hijos de Legazpi hubieren precedido á su padre en el camino de la eternidad, cuando nos consta lo contrario de modo positivo é irrefutable. No citaremos más que dos pruebas, pero bastan ellas para llevar el convencimiento al ánimo del más descontentadizo. Esteban de Salazar, que en sus ya raros *Veinte discursos sobre el Credo*, que alcanzaron varias ediciones á fines del siglo XVI, da muy curiosos porme-

nores acerca de Miguel Lopez de Legazpi, dice textualmente que en su valor y estado le «sucedió el muy ilustre cavallero D. Melchior de Legazpi, su hijo primogénito, condiscípulo y gran señor mio algun tiempo». Pero por si este testimonio, á pesar de ser de autor grave y coetáneo, no pareciera suficientemente autorizado, invocaremos otro que constituye prueba plena en el asunto. Es una carta de D. Martín Enriquez, virrey de Nueva España, quien escribiendo desde México á Felipe II en 5 de Diciembre de 1573, le decia lo que seguidamente aparece:

«El Contador Melchor de Legazpe, como supo la muerte de su padre, pretendia yr ahechase á los pies de V. m. para suplicar a V. m. se acordase de los servicios de su padre y como habia muerto en su Real servicio y para ello habia vendido su hacienda y quedaba pobre y aun no sin deudas: yo le estorve la ida y le dije lo escribiria á V. m. y traeria a V. m. a la memoria los servicios de su padre, que cierto por las relaciones que tengo entiendo que los hizo y que era buen hombre y servia con toda lealtad.

La merced que su hijo pretende no es en aquellas yslas, sino que V. m. se la hiciese en esta tierra, en lo que fuese servido por no desamparar unas hermanas que tiene por casar. En aquellas islas estaba por hacer un repartimiento que dicen era muy bueno a donde se recoge suma de bastimentos, que se llama Vitis y Lau. Este creo pretendia el general Miguel Lopez que V. m. le hiciese merced de él y lo mismo pretende el que le sucedio en el cargo. Creo seria acertado que se pusiese en la Corona Real para socorrer de allí con bastimentos á los soldados y marineros y podia V. m. mandar hacer recompensa al contador Legazpe, en esta tierra de la merced que V. m. fuere servido; que tener V. m. memoria de los muertos, es animar á los vivos para que juntamente con la obligacion mueran con gran voluntad y la que V. m. lo hiciere la tendre yo por propia.»

El documento de que está tomado lo que precede, fué incluido en el tomo de *Cartas de Indias*, impreso con regia magnificencia por el Ministerio de Fomento. De ese documento resulta que no sólo sobrevivió á Legazpi su hijo Melchor, sino tambien unas hijas casaderas de las cuales no queria separarse aquél. De este mismo Melchor y de sus peticiones al Rey hablan los documentos relativos á Filipinas, dados á la estampa por la Real Academia de la Historia, y á él alude una informacion hallada en Zumarraga á nombre de Maria de Achiizte, que

lleva la fecha de 1577. ¿Sería este Melchor el hijo de Legazpi, por cuyo destierro se vió obligado aquel á practicar los desembolsos de que habla la *Memoria* que más arriba queda trascrita? Hoy no podemos afirmarlo: mañana quizá nos lo permita el resultado de nuevas y fructuosas investigaciones.

Pero, entre tanto, conste que cuando murió Legazpi aún vivía su hijo Melchor, y vivían varias hermanas de este.

¿Sería una de ellas Teresa de Legazpi, casada con Pedro de Salcedo, ó había fallecido ya? Tampoco podemos afirmarlo. Lo que sí puede decirse en voz muy alta es que aquella mujer tuvo dos hijos que no empañaron en lo más mínimo la gloria del nombre de Legazpi, antes bien la aumentaron con la grandeza de sus hechos, dignos de eterna memoria. Felipe y Juan de Salcedo, que así se llamaban los dos hijos de Teresa de que tenemos noticia, fueron dignos de su esclarecida stirpe. La nobleza de su origen les obligó á ser nobles, y lo fueron en el sentido más honroso de la palabra. Almas de extraordinario temple, corazones sedientos de grandes cosas, pudieron sobresalir aún en medio de aquellas generaciones heróicas del siglo XVI, de las cuales ha dicho, con frase felicísima Menendez Pelayo, que parecían guarnecidas de triple lámina de bronce. Mozo era Felipe cuando acompañó á su abuelo á la conquista de Filipinas; pero á pesar de su mocedad, mereció ser nombrado Capitan de la nao que volvió á Nueva España con noticias de la conquista, y bravamente se condujo en este viaje, en sentir del venerable Urdaneta. Juan de Salcedo llevó á cabo actos verdaderamente legendarios en la conquista y colonización del Archipiélago Filipino, y despues de la muerte del gran Legazpi, á él y á su sin igual y temerario arrojo se debió la salvacion de Manila contra la cual había venido el pirata chino Limahon.

¡Qué vida más gloriosa y fecunda la de Legazpi, y cómo se presta á ser narrada con amenidad y encanto, sin salirse un ápice de la verdad ni desconocer ni menoscabar los fuero: sagrados de la historia! Tomando de los documentos y de las relaciones lo que en ello haya relativo á los hechos de Legazpi, guiándose de estos datos para penetrar en el alma del ilustre guipuzcoano y estudiar sus cualidades morales, y no descuidando el accidente pintoresco y el detalle que sirve para dar ambiente á la narracion é infundirle un soplo de vida, puede hacerse una obra recomendable, utilísima á los amantes de la historia y beneficiosa al país bascongado, cuyas grandezas no se limi-

tan á su s3lida y casi inquebrantable organizacion social, sino que se difunden y esparcen por ambos mundos, íntima é indisolublemente unidas á las estupendas acciones de sus hijos, que supieron donde quiera dar espléndida muestra de la grandeza de sus empeños, y de que para ponerlos por obra no retrocedían ante obstáculos ni contradicciones de ninguna clase.

CARMELO DE ECHEGARAY.

GURE PELOTARIYAK.

BIKTOR ENBIL.

Pelotari chit umilla da ta
Biyotzez oso prestua,
Autre jokuan pelotagana
Jarrera chit du gertua;
Tanto alferrak agertzen diyo
Duben geniyo estua,
Esaera dan bezela, jartzen
Zayo kopeta beztua.

Besagaiñ ona dauka Biktorek
Begiya berriz zorrotza,
Joku zintzuaz agertzen digu
Euskal jatorren biyotza;
Joku motzean neurtzen daki
Kontrariyuen kokotza,
Bi paretoko joera du chit
Bhurri edo zipotza.

Badu sakean errestoz ezik
Zipozkeriya ugari,
Baldin putzuzko jokua balitz
Egingo luke igari;
Partiduaren asiyeratik
Beguratuaz plazari,
Kontu aundiyan eutsitzen diyo
Aurreko bere lanari.

Argiratu det bear dan gayan
Nere iritzi urriya,
Ariñ antzean arturik joku
Aurrekoari neurriya;
Oriyotikan agertua da
Orlako jokalaria;
Bere lan fiñak mereziya du
Ematen zayon sariya.

